

# LA ACUMULACION CAPITALISTA DEPENDIENTE, Y LA

## SUPEREXPLOMACION DEL TRABAJO

Ruy Mauro Marini

Pretendo tan sólo señalar aquí algunas ideas, algunas líneas de reflexión sobre la cuestión de la dependencia y dejar sentados los elementos que nos permitan discutir, en seguida, sus implicaciones sociológicas y políticas.

La primera de ellas se refiere a la orientación metodológica fundamental, que en mi entender, deben seguir los estudios sobre la dependencia. En tanto que intelectuales marxistas, tenemos la tendencia a ir a aquello que es lo esencial en una estructura económica, es decir, la estructura de producción. Sin embargo, cuando se trata de una formación dependiente, yo pienso que sería necesario invertir esa orientación. Habría que partir, inicialmente, de la circulación del capital tal como ella se hace en el conjunto del sistema capitalista; en un segundo momento, plantearse el problema de cómo ella determina las condiciones en que se desarrolla la estructura productiva dependiente; en fin, replantearse el problema de cómo esa estructura dependiente crea su propia fase de circulación.

Voy a tratar de explicar por qué abogo por esta línea de investigación.

Cuando digo que es necesario partir de la circulación del capital en escala mundial, estoy pensando que lo que crea y determina las condiciones de evolución de la estructura dependiente es fundamentalmente el mercado internacional. En consecuencia, sólo podemos entender la formación y la evolución de un país dependiente cuando captamos su articulación con el mercado mundial. De lo contrario, no podemos entender de qué manera se genera en una determinada zona del sistema capitalista, un centro de circulación que se convierte él mismo en un centro de producción de capital. Yo diría que está allí lo esencial de la formación de una estructura dependiente.

Al plantear las cosas en estos términos, a lo que estamos apuntando es, desde luego, al problema de la división internacional del trabajo, puesto que la formación del mercado mundial sólo se da efectivamente sobre la base de ésta, a partir del momento en que la gran industria se desarrolla en los países centrales. Es el surgimiento de la gran industria, es la posibilidad de especializar ciertas zonas al interior del sistema capitalista en la producción de bienes manufacturados, lo que hace posible y necesario el intercambio permanente con otros países en materias de alimentos y materias primas.

Sólo en la medida en que existe un centro manufacturero, un centro fabril como Inglaterra en el siglo pasado, sólo en esa medida se dan las condiciones para el desarrollo de estructuras productivas, exportadoras de alimentos y materias primas. Es por lo tanto la circulación, que se engendra a partir de ese centro manufacturero europeo (Inglaterra), lo que da bases sólidas para la división internacional del trabajo, y por ende, para el mercado mundial. La dependencia se refiere entonces, a esta altura del razonamiento, a estructuras de producción surgidas en función de la circulación internacional del capital y estrechamente condicionadas por ella. Para América Latina eso correspondió, en el siglo pasado, a lo que nosotros llamamos la etapa de la economía primaria exportadora, que exportaba alimentos y materias primas a los países industriales.

El razonamiento no es válido tan sólo para la economía agraria dependiente, sino para la industrialización que allí tendrá lugar ulteriormente. Esta aparece, en los países dependientes, como una actividad destinada a sustituir importaciones y en consecuencia, no sólo referida a la manera cómo se inserta la economía en la circulación internacional, sino que principalmente determinada por una demanda interna pre-existente, la cual se originó de la importación de bienes manufacturados, o sea, de la circulación internacional. La posibilidad de seguir con la industrialización estará posteriormente vinculada al mercado mundial en un doble sentido: en virtud de su dependencia ante la oferta de bienes de capital que allí se verifica y como veremos más adelante, en función de la capacidad de la economía dependiente de redefinir su posición en el mercado mundial, convirtiéndose ella misma en exportadora de bienes manufacturados.

Su relación con la circulación internacional crea, en los países dependientes, un ciclo de capital con características propias en relación al que se da en los países industriales. Si observamos el proceso mediante el cual se verifica el ciclo de capital - y esto es muy claro en la economía primaria exportadora - o sea la fase de producción y la fase de circulación, en la economía dependiente, vemos que no corresponde al que se realiza en los países centrales. En la economía dependiente, la producción, desde el momento en que pasa a la fase de circulación, se desplaza totalmente hacia el mercado mundial. Es una producción que no depende por tanto, del mercado interno.

A diferencia de lo que pasa en los países industriales, donde una parte importante - en el caso norteamericano la casi totalidad - de la producción se realiza en el mercado interior, en un país dependiente la parte principal de la que se produce para el mercado se desplaza hacia la esfera del mercado mundial. Esto tiene una consecuencia decisiva para la situación del productor, del obrero: la de que, en un país dependiente, el trabajador cuenta solamente en tanto que productor, en tanto que creador de bienes de consumo, pero no cuenta jamás como consumidor, una vez que la producción no se destina a su consumo, sino que al de los trabajadores y capas que viven de la plusvalía en los países centrales.

Este divorcio entre el productor y el consumidor crea las condiciones para que, en una economía de este tipo, el tra-

bajador pueda ser explotado prácticamente hasta el límite. ¿Por qué razón? En un país capitalista clásico, la fase de la producción da origen a una oposición entre el obrero y el capitalista, una vez que en esa etapa interesa al capitalista reducir al máximo el salario del obrero. Sin embargo, en la fase siguiente del ciclo del capital, cuando se pasa a la circulación y realización del producto, aquello que aparecía al capitalista como una pérdida de dinero, o sea el pago de salario, es indispensable para que la producción se realice y, por tanto, para que el capital pueda reasumir su forma de dinero, que le permite encarar de nuevo la fase de producción. El consumo del trabajador, en la segunda fase lleva a que se supere en términos relativos (una vez que la lucha de clases opera también a nivel de consumo) la oposición inicial que se daba en la fase de la producción entre el capitalista y el obrero.

En la economía dependiente, las cosas se dan de otra manera, llevando a que la oposición entre el capitalista y el obrero no sea paliada en la segunda fase del ciclo del capital. La posibilidad de rebajar el salario del obrero no encuentra limitación en la necesidad de realizar el producto, una vez que éste se destina al exterior; el consumo del obrero es irrelevante para la realización del producto. En consecuencia, el carácter que asume el ciclo de capital en una economía de este tipo no pone ninguna traba a la explotación del trabajador y, al contrario, la lleva a configurarse como una superexplotación.

Precisamos el concepto de superexplotación del trabajo, me parece que, aquí también, si queremos ser buenos marxistas, debemos tomar ciertas libertades con la teoría. En efecto, si insistimos en aplicar a una economía dependiente, de una manera excesivamente rígida, las categorías diseñadas por Marx, nos encontraremos con grandes dificultades para entender la naturaleza de esa economía. Pienso sobre todo en aquellas categorías fundamentales en el análisis marxista: la categoría de plusvalía relativa y de plusvalía absoluta. Si tomamos solamente su aspecto formal y no vamos a la esencia de lo que ellas señalan, no podremos entender el proceso de explotación y, por ende, de acumulación en una economía dependiente.

Al estudiar las formas de explotación del trabajo, Marx define la plusvalía relativa como aquella que nace de la reducción del tiempo de trabajo necesario al obrero para la reproducción de su fuerza de trabajo, o sea, del abaratamiento real de la fuerza de trabajo, lo que se da fundamentalmente aunque no esencialmente, a través del aumento de la productividad; en cuanto a la plusvalía absoluta, se deriva de la prolongación del tiempo de trabajo excedente, independientemente de que se mantenga igual al tiempo de trabajo necesario dentro de la jornada total de trabajo. Marx tiene su motivo para conceptualizar de esta manera, a la explotación del trabajo en una economía capitalista, ya que parte del supuesto teórico de que la fuerza de trabajo se remunera siempre a su justo valor, no para cada individuo pero sí como una caída para la clase. Ahora bien, ello no representa tan sólo una premisa teórica, sino que tiene también una válidez histórica. Si consideramos la evolución de los salarios, en los países industriales, constatamos que se observa allí una tendencia permanente de los salarios a mantenerse cercanos al valor real de la fuerza de trabajo. Pero cuando des

plazamos nuestro enfoque hacia las economías dependientes vemos que eso no es así; no podemos partir en absoluto, en el análisis de una economía dependiente, afirmando que allí la fuerza de trabajo se remunera a su justo valor. Eso no es cierto; por lo contrario, lo característico en una economía dependiente es precisamente que la fuerza de trabajo se remunera siempre abajo de su valor.

¿Qué podemos entonces proponer como categorías de análisis de la explotación del trabajo en economías dependientes? Yo diría que, para ello, es necesario hacer una nueva lectura de Marx y reencontrar allí lo esencial en su análisis de la explotación del trabajo. Lo que importa es la manera por la cual el trabajador es explotado y, por tanto, la manera por la cual se da el proceso de acumulación del capital.

Es necesario abandonar el análisis formal y plantearse la cuestión de fondo, la especificidad del proceso de acumulación de capital en las economías dominantes y en las dependientes. Es posible afirmar, en este sentido, que, en las primeras, la acumulación se ha basado sobre todo en el aumento de la capacidad productiva del trabajo, es decir, siempre en el aumento de la productividad del trabajo, mientras que, en los países dependientes, los principales resortes de la acumulación, no están vinculados directamente a la productividad del trabajo, sino más bien a la mayor explotación de la fuerza de trabajo en sí misma.

① Ello permite identificar, en la acumulación dependiente, tres formas o modalidades principales de explotación del trabajo. La primera de ellas es el aumento de la intensidad del trabajo sin que se modifique el nivel tecnológico existente. Tenemos ahí una forma particular de producción de plusvalía relativa, ya que se incrementa el valor creado por el obrero, sin alterar la jornada de trabajo, aunque cambiando la relación entre los dos tiempos de trabajo que existen en el interior de la jornada laboral: el tiempo de trabajo excedente y el tiempo de trabajo necesario. En esos tiempos el obrero produce más, porque se le exige más en materia de intensidad.

2 Una segunda modalidad se deriva del mecanismo clásico de producción de plusvalía absoluta, es decir, la prolongación de la jornada de trabajo, lo que altera la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente. Se trata de una forma de explotación empleada de manera abusiva en los países latinoamericanos, sobre todo en el campo, en la agricultura, donde la masa trabajadora llega a proporcionar jornadas de trabajo de catorce, dieciséis e incluso más horas. Pero ese mecanismo juega también en la industria sobre todo en aquellos sectores menos protegidos y en que la fuerza sindical es más débil - la pequeña y la mediana industria - aunque aparezca igualmente en la gran industria, a través de las horas de trabajo extraordinarias.

La tercera forma, la menos ortodoxa, pero seguramente la más importante en un país dependiente, consiste simplemente en dar al obrero una remuneración inferior al valor real de su fuerza de trabajo. En otros términos, ello significa no respetar las condiciones técnicas de producción y el costo de los medios de subsistencia para fijar la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente, sino tan solo rebajar la paga del

obrero más allá de lo que permitiría su tiempo de trabajo necesario, y convertir el fondo de consumo del obrero en una parte del fondo de acumulación del capital.

Ahora bien, todos esos mecanismos nos están llevando a un tipo de producción que, sea en la economía exportadora, sea en la economía industrial que surge después, hace que la capacidad de demanda de los trabajadores sea siempre muy inferior a lo que establece la capacidad real de producción. Se puede producir mucho más que aquello que los trabajadores pueden absorber, razón por la cual la economía no puede desarrollar la producción interna más allá de un cierto límite sin enfrentarse a problemas de realización. Por otro lado, encontramos allí una razón fundamental para que en esas economías se observe una fuerte concentración del capital. La misma super-explotación tiende a crear necesariamente mecanismos de concentración y ésta es la base del desarrollo de la economía monopólica en estos países.

Ante esa oposición creciente entre producción y circulación, producción y realización, producción y consumo, que caracteriza a la economía capitalista dependiente, la respuesta del capital, de la burguesía, ha ido configurando un nuevo modelo de organización económica, social y política. En su forma más avanzada, ese modelo encuentra una mejor expresión en el subimperialismo brasileño, pero las tendencias allí cristalizadas se observan también en los demás países latinoamericanos, particularmente en aquellos que cuentan ya, con un cierto grado de desarrollo industrial.

La primera tendencia consiste en readecuar la estructura de la circulación en el sentido de crear un mercado interior dinámico para la producción industrial. A través de medidas que inciden en la política salarial y de crédito, y utilizando el resorte de la inflación, se transfieren entonces recursos desde los estratos bajos (o sea, la inmensa mayoría de la masa trabajadora) a las capas medias y altas, que están en condiciones de sustentar el mercado. En otras palabras, se acentúa la redistribución regresiva del ingreso. Esto equivale objetivamente a reconocer que los trabajadores de los países dependientes nada tienen que hacer en tanto que consumidores, y tienen que entenderse solamente como productores, como fuerza de trabajo a explotarse. El caso brasileño es típico, en ese sentido. El régimen militar brasileño, que representa de hecho la dictadura del gran capital en Brasil, ha reducido en los últimos años los salarios reales de la clase trabajadora cerca de la mitad. Simultáneamente, los sectores capitalistas y los sectores altos de la clase media han podido incrementar su consumo suntuario, su consumo de lujo, constituyendo una esfera interna de circulación relativamente dinámica para la producción industrial.

Una segunda tendencia, un segundo tipo de mecanismo, que emplea el capital es la intervención estatal. Se trata allí de hacer jugar al Estado ya no sólo desde el punto de vista de promotor de ciertas inversiones de infraestructura, sino como creador de un mercado estatal, un mercado público. Esta se da mediante el aumento de la intervención estatal en obras de infraestructura (hidroeléctricas, carreteras, obras públicas en general), lo que crea evidentemente toda una demanda estatal para la industria más sofisticada, sobre todo la industria pesada, sea mediante la orientación del gasto estatal hacia el desarrollo de una industria que no tie-

ne relación con el consumo popular, como ha pasado en Brasil, al impulsarse a la creación de una industria bélica. Por ejemplo, a partir de 1965, y en un principio para superar la crisis económica entonces existente en el marco de la cual la industria automotriz no encontraba mercado para su producción, el Estado entró a hacer encomiendas crecientes a esa industria. Pero, al comprar su producción, no podía comprar coches de paseo, el elemento fundamental en la producción, automotriz. Sus encomiendas implicaron, entonces, exigir a la industria automovilística la producción de jeeps, de tanques, de carros blindados para las fuerzas armadas. Esto explica en parte el aumento de los gastos militares de Brasil que, en 1970, representaban alrededor de mil millones de dólares, aproximadamente una tercera parte del monto total de las exportaciones.

La tercera tendencia - la dejo para el final, aunque tal vez debería ponerla en primer lugar - es la más importante. Consiste en el esfuerzo por desplazar la circulación desde el mercado interno hacia el mercado externo. Es decir, ya no exportar simplemente materias primas y alimentos, sino que manufacturas. La producción industrial que no puede ser realizada totalmente en el mercado interno y que necesita crecer constantemente como consecuencia de la misma acumulación de capital, esa producción busca el mercado externo, trata de desplazar su órbita hacia el mercado mundial. Sin embargo, para un país como Brasil, la expansión comercial, hacia el exterior de productos industriales no es fácil. No es fácil en la medida en que encuentra un mercado mundial ya dominado por los grandes países capitalistas. El Brasil va, entonces, a ofrecer a esos países capitalistas la posibilidad de obtener altas ganancias explotando una mano de obra barata - y esa es una razón para agudizar aún más el régimen de super-explotación del trabajo - obtener allí ganancias más altas que las que obtendría en otra parte con el mismo tipo de equipamiento, a cambio de una participación, una cuota en el mercado mundial.

En ese sentido, se puede tomar como ejemplo el caso de la Volkswagen. La filial más importante de la Volkswagen alemana es la que opera en Sao Paulo; a principios del año pasado, hubo un acuerdo entre la filial brasileña de la Volkswagen y la Volkswagen alemana, en el sentido de que se quede la primera con el mercado latinoamericano. Ya anteriormente, para hacer frente a los problemas de realización de la Volkswagen brasileña, se le había entregado una cuota en el mercado norteamericano. En suma, se busca la expansión comercial hacia el mercado mundial, pero se hace esto en base al capital extranjero, entregándole una parte significativa de las ganancias.

Dejé esa cuestión para el final porque, si analizamos las tres tendencias, los tres mecanismos, veremos que el primero, o sea la redistribución regresiva del ingreso, es necesariamente un mecanismo limitado. ¿Por qué? Porque no se puede hacer crecer indefinidamente esta capa privilegiada de consumo, esta "sociedad de consumo" que existe al interior de la sociedad brasileña, puesto que esa capa presupone una mano de obra fuertemente explotada y desposeída. No se puede permitir a sectores de esa mano de obra en la "sociedad de consumo", sin desatar un proceso reivindicativo en el conjunto de la masa trabajadora, al cual pondría en jaque la acumulación basada en la super-explotación del trabajo.

El segundo mecanismo, es decir, la creación de mercado a

través de la inversión estatal ofrece mucho más posibilidades a corto plazo, pero evidentemente, salvo que el Brasil pudiera separarse del mercado internacional y mantener un régimen de explotación muy violento en el interior, lo que no es viable, en la medida en que nadie puede suponer el desarrollo del capitalismo sobre la base exclusiva de la demanda estatal. Es necesario que exista un campo de acumulación de capital real y un campo real de circulación de mercancías. El único mecanismo, entonces, que a largo plazo podría ofrecer la posibilidad de mantener la tasa de desarrollo, la tasa de acumulación de capital, sería precisamente la expansión comercial hacia el exterior. Es decir, la única salida del capitalismo dependiente brasileño - y por esto lo caracterizo como un subimperialismo - es tratar de repetir la hazaña de las potencias imperialistas, pero intentarlo bajo el control, bajo el dominio de esas potencias imperialistas ya desarrolladas.

Yo lo planteo así, y no insisto más en el tema, en la medida en que ello nos obligaría a hacer un análisis detallado de lo que ha sido la política expansionista brasileña en los últimos ocho años. O bien, entrar a ver de manera mucho más detallada las posibilidades y las brechas que puede ofrecer hoy día el mercado mundial para el surgimiento de un nuevo centro exportador de manufacturas. Simplemente señalo que, si estudiamos las características que ha asumido recientemente la división internacional del trabajo, podemos admitir que existe una cierta posibilidad. Es fácil constatar que en 1970 ya no tenemos la división internacional del trabajo que regía en 1870, cuando había, de un lado, centros industriales, centros manufactureros, y de otro lado, países agrarios o países mineros, productores de alimentos y materias primas. Vemos una gama mucho más compleja, con países que tienen economías industriales a diferentes escalones, a diferentes etapas. Y vemos que la producción industrial en los países centrales pasa a requerir la existencia de centros industriales en otros países menos desarrollados. Por ejemplo el acero, hace 30 años atrás, era un privilegio de los países dominantes, de los países centrales. El Brasil es hoy día un país exportador de acero. No solamente pudo desarrollar una industria interna de acero, sino también exportarlo, aunque en pequeña cantidad.

¿Qué pasa a ser importante para los países más desarrollados? El control de ciertas etapas del proceso productivo, donde sí mantienen el monopolio; lo que es la electrónica pesada, por ejemplo, o la industria química. Pero, etapas menos sofisticadas de la producción industrial pueden ser transferidas a otros países y estos países deben participar de esas etapas de producción, plantearse necesariamente el problema de la escala del mercado. Una verdadera industria siderúrgica impone y exige un mercado bastante amplio.

Creo que es mejor interrumpir aquí la exposición y no entrar a analizar sus implicaciones de orden sociológico y político. Eso tal vez lo pueda hacer, contestando algunas de las preguntas que ustedes quieran formular. Preferiría darles la ocasión de hablar un poco, para romper la monotonía.